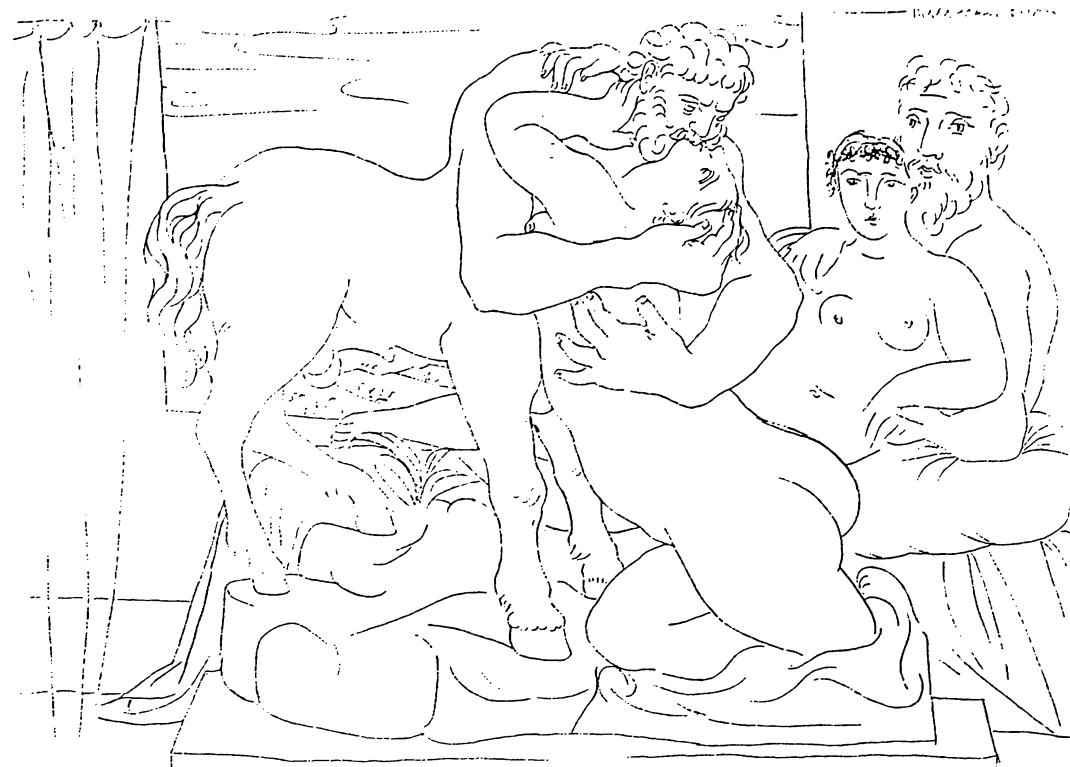


DEL AMOR PASIÓN: SUJETO, TIEMPO Y DESTINO



Pablo Picasso. *Escultor en reposo ante un centauro y una mujer*. 1933.

El amor y el tiempo

Para Olga Beatriz, amiga siempre leal en el acuerdo o en el desacuerdo.

DEL AMOR Y DEL TIEMPO



ay que pensar el amor –para rescatarlo de los discursos cursis y sentimentaloides que hoy se han apoderado de él– según cuatro focos diferentes, pero indesligables:

1. *Como sentimiento*: antes que nada (¿o después de todo?), el amor es algo que se siente. El asunto es que un sentimiento es algo que sólo se vivencia y se vivencia “en bruto”. Estado de plenitud relativamente incommunicable, no sólo a los otros sino para el mismo amante. Un sentimiento se siente, no más. La palabra que lo nombra lo distingue, lo diferencia, incluso hasta puede advertir del más o del menos de su intensidad, pero no hay palabras que digan su sentido –aun se puede aseverar que un sentimiento no tiene sentido– y por eso es relativamente incommunicable.

En sí un sentimiento no dice nada, sólo es un sentir. Y como es esto y sólo esto, no se puede argumentar; esto es, no se puede demostrar ni refutar. Entonces un sentimiento, por ejemplo el amor vivido como estado de plenitud, no tiene historia y únicamente se puede desplegar en las dicotomías se siente/no se siente y más/menos. No hay fuentes históricas para el amor como sentimiento en sí: en todas partes y en todos los tiempos sería lo mismo, y en tanto que algo simplemente sentido, no es más que una vivencia localizable en el mero aquí y ahora de su acontecimiento. Aquello que uno ha sentido no tiene sentido.

LOVE AND TIME

Confronted by the slick sentimentality that governs a great many of contemporary studies on love, it becomes necessary to stress its complexity, taking into account, of course, its nature as a sentiment, but considering it as something much more than just that: as something that includes the ideas that the epoch entertains with regard to it, the ideals that are attributed to it, the interpersonal ties in which it is realized. Delimiting the levels in which the phenomenon of love takes place, allows us to determine its links with time, those which manifest the modeling influence of historical time on the experience of love, as well as those which demonstrate the particular subjective bond that love establishes with that dimension of the real that is time.

L'AMOUR ET LE TEMPS

Face au sentimentalisme rose qui caractérise une grande partie des études actuelles sur l'amour, il devient nécessaire de comprendre celui-ci comme un phénomène complexe qui, bien qu'on lui reconnaîsse son aspect de sentiment, sera compris dans un sens beaucoup plus ample: celui qui intègre les dimensions relatives aux idées qu'une époque déterminée se fera de lui, aux idéaux qu'on lui assignera, aux liens relationnels tels qu'on les objectivera. La délimitation des niveaux de développement du phénomène de l'amour permet de préciser les liens de celui-ci avec le temps, aussi bien ceux qui signalent l'incidence modéatrice de la temporalité historique sur l'expérience amoureuse, comme ceux qui montrent l'attache particulière et subjective que l'amour construit sur cette réalité, le temps.

EL AMOR Y EL TIEMPO

Frente al sentimentalismo rosa que gobierna buena parte de los estudios actuales sobre el amor, se hace necesario tomar éste como una complejidad que, si bien lo reconoce como sentimiento, lo entiende como algo que es mucho más que eso: que integra dimensiones relativas a las ideas que sobre él se hace una época, a los ideales que le asigna, a los lazos relationales en los que lo concreta. Delimitar los niveles en los que se desenvuelve el fenómeno del amor, permite precisar los nexos de éste con el tiempo, tanto aquellos que señalan la incidencia modeladora de la temporalidad histórica sobre la experiencia amorosa, como los que muestran el particular amarre subjetivo que el amor hace de ese real que es el tiempo.

Puro, el sentimiento como percepción inmediata es asunto de la psicología, no de la historia. No se reproduce un sentimiento que se vivió; es imposible recuperar su vivencia. Se recuerdan los actos en los que estuvo implicado, los seres anudados a él, las consecuencias que arrastró, los costos que acarreó, etc. Un sentimiento, el amor por ejemplo, siempre está entre lo real de su vivencia, imposible de aprehender por el lenguaje, y lo imaginario de las ficciones que inventa, que lo nutren y de las que vive. Como sentimiento en sí, el amor no tiene historia, es puro presente, es aquí y ahora, sin huella que permita recuperar su vivencia en el futuro. Recuerdo la mujer que amé, las conversaciones que tuvimos, las cosas que hicimos, recuerdo que fuimos alegres o desdichados, incluso recuerdo que la amé. Lo que no puedo recordar –porque no lo puedo volver a sentir– es el amor que sentí. Y por la imposibilidad de recuperar esta vivencia y su embargadora presencia en ese yo de entonces, no logro entender mi situación de aquel momento, llegando entonces a tener –desde el hoy– un inquietante sentimiento de extrañeza respecto a aquel que fui. En esa medida, el sentimiento –que sólo se da en el instante en que se manifiestan, paradójicamente, un criterio para constatar la muerte de yoes de uno que lo gobernaron en otro tiempo. Irrecuperable su vivencia, la conciencia de lo sentido en el pasado, como la lápida en la tumba, sólo sirve para recordar a alguien que vivió y que ya jamás volverá a estar entre los vivos. Imposible de recuperar en lo simbólico, el sentimiento realmente vivenciado queda perdido para siempre del tiempo, de la historia, de la vida.

2. *Como idea*: pero jamás el amor existe como sentimiento puro, pues siempre está adherido a unas concepciones, a unas representaciones, a unas ideas, ligazón ésta que no sólo le permite cobrar forma, sino poder llevar algo de él al lenguaje y desde aquí alcanzar a registrarse en la historia. Nunca se da el amor en un tiempo histórico ingenuo respecto de él. Siempre el amor es recibido, incluso forjado, en un mundo de hombres y mujeres que tienen unas ideas sobre él, que le asignan una explicación y un lugar en el individuo y en la vida social. Los por qué y para qué que inducirán al amor al campo de las realizaciones concretas están sostenidos por representaciones, éstas sí susceptibles de ser demostradas o refutadas y, por tanto, de ser revisadas y transformadas, lo cual delinea un proceso de cambios que, en este nivel sí, permite situar un antes, un hoy, un mañana, o sea una historia. Esas ideas le dan forma a ese “en bruto” del sentimiento

y le estipulan objetos privilegiados, formas de realización, promueven intensidades e inhibiciones; dicho de otra manera, estas ideas son determinantes de las formas y las prácticas que cobra en el tiempo el sentimiento amoroso.

La manera como los hombres han ideado el amor a lo largo del tiempo y en sus diversas sociedades y culturas es lo que permite hablar de una antropología, una sociología o una historia del amor; es decir, dar cuenta de diferencias en la forma en que los seres humanos encaran y tratan ese lugar que, en tanto vacío estructural en el ser, es común a todo aquel que en este planeta ha estado determinado por el lenguaje.

Podemos, pues, reconocer una temporalidad del amor allí donde éste, más allá de su condición de sentimiento estructurado por una falta, imposible de aprehender en sí, cobra forma en las ideas que los hombres se hacen de él. En cómo se explican su origen, su lugar y su función en la vida, de tal manera que en esto podemos reconocer una relación del tiempo con el amor que nos permite hablar de una historia de éste como una historia de las ideas que los hombres se han forjado en torno a él. Esas ideas no son meras representaciones mentales inocuas, sino verdaderas fuerzas modeladoras de la existencia concreta de los seres humanos, configuradoras de actitudes y prácticas efectivas, de tal manera que un hombre o una mujer llegan a “vivir” el amor como los otros –en un momento y en una sociedad precisos– le han dicho que el amor es.

3. *Como ideal*: otro foco necesario de ser tenido en cuenta en el examen del fenómeno amoroso, foco éste también registrable en la temporalidad y, por tanto, indagable por la mirada histórica, es el que tiene que ver con los ideales a los que una sociedad vincula el amor en un momento determinado. Si se aspira al amor, si éste aparece como un valor preciado, ¿a nombre de qué perfecciones se le exalta, de qué superaciones de la vida que él propiciaría? Del amor una época y una sociedad esperan algo. ¿Qué? De ese “qué”, en tanto ideales que le dan valor e importancia al acto de amar, debe ocuparse el historiador, pues esos ideales hacen del amor una fuerza, más o menos importante, en la vida concreta de los hombres y mujeres de una sociedad específica. La modernidad, por ejemplo, puso al amor como condición de tres cosas que son ideales suyos y cuya concreción significaría la cabal realización de la vida: el matrimonio, la familia y la felicidad. Dicha plenificadora que liga a dos seres según un vínculo que hace depender a uno de otro y legitima una

descendencia

descendencia de éstos, concretando así una existencia feliz: en esto se cifran, respecto del amor, los ideales de esta época.

4. *Como lazo*: un cuarto foco para el análisis del amor, foco que también permite registrarlo como proceso en el tiempo, es el que concierne a las formas de vínculo en que se desenvuelve la experiencia concreta de ese amor. No hay sentimiento amoroso, desplegado como historia por los amantes, que no se resuelva con relación a y con otro y, por tanto, que no instaure un tipo de lazo específico que determine para los amantes un sistema de deberes y derechos, de potestades y soberanías, en los que queden comprometidos; esto es, un vínculo que al unir a los amantes pone en escena el asunto del poder y, por tanto, de una política del amor, pues allí se definen los términos de sujeción y libertad con los que aquellos que se aman acometen la realización concreta de su experiencia amorosa. La modernidad, por ejemplo, ha definido casi como destino inevitable la deriva del amor al matrimonio, entendiendo por éste la legalización y legitimación de un tipo de vínculo caracterizado por el derecho de los amantes a tomarse como propietarios privados el uno del otro, además de delegarse mutuamente la soberanía sobre aspectos esenciales de la vida como el tiempo, el espacio, la sexualidad, etc. Generalizando, hay que decir que, inscrito en un vínculo que hace del poseerse mutuo (y, por tanto, del desposeerse propio) el destino normal suyo, el amor será aceptado como razón suficiente para que el dispositivo de control y vigilancia que es el matrimonio se ponga en marcha y opere la función social y política de mantener a los individuos en "orden", lejos de las inciertas y perturbadoras playas del deseo.

Por su parte, la familia –entendida como consecuencia normal del matrimonio– es otra forma de anudar el amor de dos a lazos de poder que se presentan en la modernidad como meta regular e ineludible suya. La lógica de la modernidad a este respecto es clara: el sentimiento amoroso es concebido según el ideal de armoniosa y simétrica complementariedad, concreción de la felicidad plena que quedaría asegurada y eternizada mediante el lazo matrimonial y los vínculos de familia.



EL AMOR EN EL TIEMPO

Entender cómo se ha configurado el ideal de amor que guía a la sociedad occidental desde la consolidación burguesa de la modernidad que se lleva a cabo en el paso del siglo XVIII al XIX –y que tiene como fronteras demarcatorias la revolución francesa, la revolución industrial y el movimiento romántico– es importante porque instituciones

tan cruciales para la organización de esta sociedad como lo son el matrimonio y la familia se fundan desde entonces en dicho ideal, y con ello se moldea una parte esencial de la vida de los hombres y de las mujeres de este proyecto social y civilizatorio.

Como una especie de prólogo secular corrió el amor pasional originado en el siglo XII –instalado, casi como una versión del ocio, en sectores de los poderosos– hasta llegar al siglo XIX, en donde, junto a otras transformaciones, habría de recibir una decisiva: su democrática generalización como ideal de toda la sociedad.

Ese amor pasional que el mundo caballeresco medieval fundó, presenta como característica esencial esa relación del amor con la muerte que, en términos metafóricos, expresa una intensidad llevada a límites agonísticos, a términos donde todo el orden identitario del individuo se aboca al trance de su modificación radical, de tal manera que se puede decir que la pasión de amor –por ejemplo, la que une a Lancelote con Ginebra– es un amor mortal, sin que esta adjetivación signifique algo negativo, y menos peyorativo, pues lo que quiere señalar es la fuerza de este sentimiento para transformar al individuo que lo encarna.

Desde el fondo de la élite cortesana y caballeresca de los siglos XII y XIII, un relato cristaliza el ideal del amor pasional: el mito de Tristán e Isolda, acompañado por esa otra pareja de la narrativa que son Lacelote y Ginebra, y por esa otra, mitad ficción mitad historia, de Abelardo y Eloísa. El siglo XII es de cambios sociales y culturales en la historia de la sociedad occidental, y entre ellos el que nos ocupa, el amor pasional, estaba llamado a tener una larga vigencia en nuestra mentalidad.

El amor caballeresco tiene un lugar importante en la historia del amor –como lo es el

de ser considerado el punto de partida del amor pasional en la historia de Occidente— porque por primera vez este sentimiento se vuelve, socialmente hablando (aunque se circunscriba al sector social de los hombres y las mujeres del poder), un ideal tan fuerte que se vuelve un fin en sí mismo, porque se vuelve objeto de discurso y porque lo demarca y lo identifica según una serie de características y de cualidades que distinguen al verdadero amor pasional de otras formas de atracción intensa como las que, por ejemplo, pueden suscitar la belleza física o la sexualidad.

A propósito de los rasgos que le dan una forma particular al amor caballeresco cabe destacar —en un mundo signado por la rudeza y la brusquedad viril— el que hace prevalecer el sentimiento sobre la fuerza, de tal manera que el valor de un caballero ya no se mide por la contundencia de su brazo sino por la intensidad de su corazón, con lo cual la mujer deja de ser un objeto simplemente tomado y pasa a ser alguien a quien hay que saber ganar. Mejor dicho, en esa minoría de hombres poderosos medievales que tramitan la experiencia amorosa como una expresión de su distinción, la mujer ya no es una presa que se arrebata o una prenda que se negocia, sino que es alguien que se seduce, esto es, alguien de quien se intenta alcanzar un consentimiento y esto no es poco logro en la larga historia de opresión y aherrojamiento que traía la mujer.

Una consecuencia de esta valoración relativa que alcanza la mujer amada a los ojos de ese caballero, es el sometimiento de la sexualidad a las riendas del amor, de tal manera que la espada que, cuando duermen en el bosque, separa el cuerpo de Tristán del de Isolda, representa la continencia que como superación de sí y en gracia a su amor destaca el valor y la profundidad del sentimiento del caballero, de un sentimiento que llega a rayar tan alto que hace prevalecer el vínculo con la mujer sobre la lealtad debida a su señor, al punto que se puede decir que hay una oposición que se manifiesta a partir de la segunda mitad del siglo XII entre la regla caballeresca del amor y las costumbres feudales. ¿En qué se distingue el *roman breton* de la canción de gesta, a la que suplantó a partir de la segunda mitad del siglo XII con una rapidez asombrosa? En el hecho de que otorga a la mujer el papel que hasta entonces correspondía al señor y soberano.

Pero el rasgo tal vez más destacado del amor caballeresco es su declarada incompatibili-



dad con el matrimonio, como queda explícitamente dicho en una corte de amor llevada a cabo en casa de la condesa María de Champagne para dirimir precisamente las relaciones entre el amor y el matrimonio. Sin duda alguna, esta rebeldía del amor a institucionalizarse le quita legalidad y le dificulta legitimarse, acaeciendo paradójicamente, que esta dificultad que le pone su actitud transgresora se convierte en una fuerza potenciadora del mismo amor, alimentada por el goce de lo prohibido.

El amor caballeresco precisa otra característica del amor pasional: el sufrimiento como inevitable sombra de la dicha que depara el amado, y esto porque, si bien el hallazgo de éste desata el júbilo de estar frente a alguien que encarna el más elevado ideal, por otro lado es imposible su aprehensión cabal y plena, no sólo por obstáculos externos de orden social y moral, sino por impedimentos internos a los amantes, o mejor, por impedimentos atinentes a la propia lógica del amor, que determina que sólo hay dicha amorosa donde un amado no se entrega por completo y escatima dimensiones de sí que quedan como promesas renovadoras del siempre inconcluso esfuerzo del amante por lograr el encuentro pleno con aquel que ama. Eso, finalmente, es el amor pasión: un padecer, sólo que no cualquier padecer, sino uno que está vinculado a la más exacerbada de las dichas, tal cual lo dice alguien de la época, Chrétien de Troyes: "El mío difiere de todos los males, pues me place; en él me complazco (...) sufro gratamente, y tanta alegría hay en mi dolor que estoy enfermo de delicias".

Seguramente el amor caballeresco es una mentalidad que realiza en acto y constituye en ideal supremo ese furor del que habla Platón, que va del cuerpo al alma, enrareciendo ésta, y cuyo origen es un atractivo que viene de afuera y arrebata la razón. En una especie de embriaguez alucinante, el alma vivencia el abandono de las formas múltiples para encontrarse, a través del amado, en el gran Uno de la fusión total. Por eso el caballero medieval, curiosa encarnación de Platón en cabalgadura y con espada, hará de la dama amada el punto de consistencia absoluta de su vida.

Un lugar privilegiado para ser objeto de discurso lo encuentra el amor en la poesía de los trovadores del siglo XII, que lo exalta hasta la idealización y con más énfasis entre más dificultades encuentre para su

realización

realización. Con el poder de su palabra y de la música, el poeta quiere ganar a su dama, expresándole no sólo cuánto lo cautiva su hermosura sino jurándole su fidelidad y ofrendándose al servicio incondicional de ella, actitud ésta que señala un hecho inédito en la historia de los géneros: la exaltación de la mujer. La poesía de los trovadores, lugar de cultivo del ideal que constituye el amor pasional, al cantar a la Dama de sus pensamientos, resalta el valor del principio femenino mientras que denota del matrimonio y promueve la castidad, esta última entendida como una restricción de los objetos del deseo en función de ese único que es la amada, de la cual, además, se valora su dimensión espiritual antes que la carnal.

Aquí es necesario marcar una diferencia entre el amor apasionado, expresado por los trovadores del suroccidente europeo y el que manifiestan los relatores del norte, los relatores bretones que cursaron, por ejemplo, una narración como la de los caballeros de la Mesa Redonda. Si los primeros deniegan el contacto carnal con la amada, los segundos lo consuman, con lo cual el amante incurre en una falta que marcará de ahí en más su destino, como es el caso de Lancelote. El primer trovador que ha llegado a nuestra memoria, Guillermo de Aquitania, muerto en 1127, dice: "De Amor sé que da fácilmente gran alegría a quien observa sus leyes". ¿Cuáles son esas leyes que todo amante debe observar como ritual sagrado? Son Mesura, Servicio, Proeza, Larga espera, Castidad, Secreto y Gracia, cumplidas las cuales leyes se obtiene lo que depara el verdadero Amor: la Alegría.

Esa revolución psíquica acontece en el siglo XII y de ella surgen una ética y una poética del amor, las que a su vez propiciarán en los siglos venideros la producción de una literatura de alto nivel estético, verdadero patrimonio espiritual de nuestra historia occidental, literatura que, a su vez, no dejará de cultivar una nueva sensibilidad en torno al amor, proveyendo buena parte de las metáforas que serán moneda corriente en el vocabulario de los amantes, contribuyendo de manera importante a forjar una mentalidad frente al amor que bien puede preguntarse con La Rochefoucauld: ¿Cuántos hombres estarían enamorados si no hubiesen oído jamás hablar del amor? No cabe duda que los sentimientos buscan palabras para decirse y en esa medida impulsan la invención de nuevas retóricas pero, al mismo tiempo, el decir retórico modela el sentimiento y le da formas inéditas en la historia.

Los cantores del amor, tanto en la forma literaria caballerescas como en la poesía de los

trovadores, se desplegarán por Europa entera a lo largo de los siglos XIII, XIV, XV, llegando incluso hasta el siglo XVI en la expresión que plasman los Amadís y que será de resonancia tan significativa para el Quijote. El hilo rojo del amor pasional correrá a lo largo del siglo XVII, cambiando del modelo caballeresco y trovadoresco al de un drama urbano como el que sacude en Verona a ese par de figuras perennes de la pasión de amor, Romeo y Julieta, que nos regaló Shakespeare. El siglo XVIII verá destacar la importancia de la razón y con ello introducirá una variación significativa: el gran valor que hace a un objeto "amable" ya no es la virtud, como era el caso del amor caballeresco, sino una conjugación de lo físico y lo intelectual. En este siglo, a diferencia de la figura del caballero medieval rendido a los pies de su amada, el hombre entra al juego del amor más bien en plan de rendidor, de lograr éxito en la misión de doblegar la fortaleza de una bella coqueta mediante el expediente de una seducción que testimonia menos del amor que siente por la mujer, que del reto de superar las negativas que ésta le impone, siendo Don Juan el paradigma literario de esta nueva trama que constituye si no al amor, a la teatralización del mismo que hacen el hombre en plan de seductor y la mujer de incitadora. De todas formas es importante resaltar el cambio que en lo atinente a la mujer expresa el paso del amor del siglo XIII al amor del siglo XVIII: si en aquél la mujer es un ideal y se busca su aceptación, en éste la mujer es un objeto que suscita la voluntad de someterlo.

Pero el amor, en su periplo temporal, estaba destinado a otro puerto que habría de conferirle formas muy duraderas: el romanticismo, que tendrá en el *Werther*, de Goethe, la obra que marca su principio y al mismo tiempo es emblemática de esta nueva manifestación que cobra la pasión de amor. La exaltación del individuo y de su sentimiento, que hace el romanticismo, se puede reconocer en las palabras que en su diario íntimo plasmó Novalis refiriéndose a su prometida muerta: "Cuando estaba en su tumba me vino el pensamiento de que mi muerte daría a la humanidad un ejemplo de fidelidad eterna y que instauraría, en cierto modo, la posibilidad de amar como yo lo hice". El amor romántico se nutre de lo imposible y se lanza al infinito del sentimiento, situando la felicidad en el lugar de lo inaccesible y dándole al sufrimiento la condición de rasgo infaltable en la experiencia amorosa.

En el siglo XIX el amor encontraría a uno de sus más eximios ensayistas en Stendhal, quien en su tratado sobre el amor señala que

éste cobra cuatro formas diferentes: el amor-gusto, el amor-físico, el amor-vanidad y el amor-pasión. Respecto de este último formula su famosa teoría de la cristalización: "Lo que yo llamo cristalización es la operación del espíritu que saca de todo lo que se presenta el descubrimiento de que el objeto amado tiene nuevas perfecciones". Cuenta, a manera de imagen para su teoría, que en las minas de sal de Salzburgo los visitantes que recorren los socavones profundos, iluminados con luz artificial, quedan deslumbrados por los bellísimos cristales que se encuentran desperdigados por el suelo; presurosos recogen los que pueden, convencidos de que se llevan bienes preciosísimos, pero en cuanto salen a la superficie y exponen sus "joyas" a la luz del sol sucede que se deshace el cristal y al final sólo queda el vulgar pedrusco en torno al cual se había constituido aquél. Eso, para Stendhal, es enamorarse: atribuir a un otro perfecciones que no son objetivamente suyas. Cristalizar, por tanto, no es sino idealizar a alguien. De una visión así se colige que, dada la cristalización, hay descristalización, esto es, que la lógica amorosa se puede deshacer y en el sujeto, antes profundamente enamorado, tener cabida el desamor. Pero Stendhal diferirá de la articulación Amor-Matrimonio que, al contrario del amor cortés, promueve el romanticismo y, en todo caso, señalará: "Un alma hecha para las pasiones siente en primer lugar que esa vida feliz (el matrimonio) le aburre, y puede ser también que le dé sólo ideas comunes".

Propulsado, pues, desde sus orígenes medievales, por la ficción literaria y poética, el amor pasional encontrará en los siglos XIX y XX nuevos arietes en las novelas por entregas, el teatro para el gran público y el cine, si bien hay que decir que esta popularización del amor –frente a la vivencia de élite anterior– acarrea una cierta rutinización o normalización de la experiencia amorosa que, así las cosas, pierde buena parte de su condición sublime y se desliza, muchas veces, a ser una simple aventurilla en la predecible vida del individuo masificado de la modernidad, llegando así el amor a ser adaptado funcionalmente al orden social mediante el expediente de convertirlo en una "etapa" precedente a la formación de la pareja conyugal, verdadero ardid éste con el cual la cultura burguesa normaliza y domestica la pasión. También se puede decir así: la modernidad burguesa hace del amor pasional un medio para arribar al matrimonio, fundamento a la vez de la familia, y en este amarrar la pasión a las instituciones –cosa que, hay que repetirlo, no era concebible en el amor cortés– se consiguió apla-

carla gracias, entre otras cosas, a la formación de una psicología colectiva, avalada y promovida por los profesionales del saber psicológico, que hace tan normal tener una pasión juvenil, como normal es perderla en los fragores del deber y la rutina, y a esto lo valora como adultez, consiguiendo así que la fuerza transformadora de la pasión se resuelva como simple recurso de una adaptación conservadora.

El mejor testimonio de la reducción de la pasión a la función de reproductora del orden vigente lo ofrece el tratamiento que de la misma hacen los novelones y las películas profusamente difundidas, en los que un intrincado amor se resuelve en el *happy end* de un prolongado beso que deja a las puertas del matrimonio, bastión legitimador de esa "célula" social –la familia– que los amantes formarán, cual si ese fuera el destino natural de la pasión que los embargó, al igual que será natural perderla en aras de la verdadera "seriedad" y "madurez" que es ser padres y sostener, así sea sobre las cenizas del deseo pasional, un hogar.

EL TIEMPO EN EL AMOR

1. El tiempo corre y en él el amor cambia. ¿En él? ¿Qué es el tiempo? ¿Un ente que corre "entre" las cosas y los seres o, a la inversa, los seres y las cosas "viajan" en el tiempo? ¿Sería el tiempo un simple vehículo sin calidades intrínsecas? Se constata que "en" él nacen, se desarrollan y mueren los fenómenos, los seres y las cosas. Así le sucedería al amor... ¿O es la dinámica del amor –su lógica de funcionamiento– la que produce cambios en él mismo y, de este modo, se reconoce su temporalidad?

2. Se hace necesario, antes que nada, discutir una mitología que gobierna nuestra época y que proclama que el tiempo –él por sí mismo– corroa y desgasta la pasión amorosa, afirmación que encuentra sus refuerzos en los discursos psicológicos, tan prolíficos en nuestro tiempo, que tienen como tarea adaptar y consolar a las personas frente a los fracasos de su deseo.

La conclusión bandera de esta premisa mítica relativa al tiempo como devorador autónomo del amor es que éste sólo puede ser intenso en un instante: el de su aparición. El amor, en tanto "instante de una mirada", sutura en un momento fulgurante una falta que el amante arrastra consigo "desde siempre", momento que se hace eterno porque así como doblega la falla que viene del pasado, promete un futuro de plenitud siempre que se sostenga en "lo mismo". Pero, jay! –piensa esta mitología–, basta que el amor se ponga en camino, haga relación y

compromiso

compromiso, es decir, trate de hacerse una historia para que comience a agotarse la pasión, al punto que fatalmente devendrá, y esto en el mejor de los casos, encuentro tierno y cariñoso entre seres que se comprenden y se acompañan, sin ya impactarse ni transformarse mutuamente. Las psicologías de la resignación frente al deseo llaman a esto amor "maduro", con lo que se entiende que ser maduro –ideal que se proclama a los cuatro vientos en nuestra época– es no tener pasiones, sino tener todo bajo cálculo y previsión, someter la vida a un proyecto sin sorpresas ni riesgos, sin aventura y sin crisis transgresoras; que ser maduro es ser ordenado, previsor y previsible, calmado y calculador. En últimas: ser un individuo bien adaptado.

Entonces, para repetirlo, la mitología de nuestro tiempo dice: "A la pasión amorosa la erosiona el tiempo, el tiempo fatal". El tiempo, visto así, es una fuerza ineluctable que cadaveriza el deseo y, sobre todo, si él es el causante de que éste se desvanezca, entonces los individuos quedan eximidos de cualquier responsabilidad en la desaparición de esa pasión que otrora caracterizaba su encuentro amoroso. Según esta perspectiva, no han sido los amantes, su acción y disposición con el amor que los embargaba los que han minado éste y producido los cambios en su sentimiento, sino que sería un tiempo mítico –abstracto, ineludible, inexplicable– el que, como maligna fuerza del más allá, pone un tono ocre donde en un comienzo todo era colorido, el que impone una fatigosa repetición donde hubo una alegre innovación, el que deja una gris rutina donde se vivió una luminosa pasión. Si la causa del desfallecimiento del deseo es el tiempo, el sujeto, en consecuencia, no tiene responsabilidad y, por ende, no está concernido ni ética ni políticamente por el desastre de su pasión, quedándole sólo resignarse a ser "maduro" como lo predicaban tantos oficiantes del orden de la adaptación.

3. El sentimiento amoroso suscita una experiencia del tiempo por la cual el sujeto lo vivencia ya no como algo objetivo, divisible en unidades de igual duración y común a todos los hombres y mujeres. El amor lo que hace es que esas medidas de la objetividad, necesarias para sostener el orden de lo común, no corran con la misma velocidad unas y otras ni tengan la misma capacidad de con-



El Lancelot de Gualterio Map. (¿Lancelot y Ginebra?)
S. XIII. B.N., París.

tenido. Digamos: una hora de amor es más veloz y liviana y, paradójicamente, en ella cabe más vida, aunque siempre será insuficiente, mientras que una hora de no-amor es más lenta y pesada y en ella hay menos vida. Las velocidades del tiempo dependen de si se ama o no se ama y, en el caso de amar, de la presencia o de la ausencia del amado.

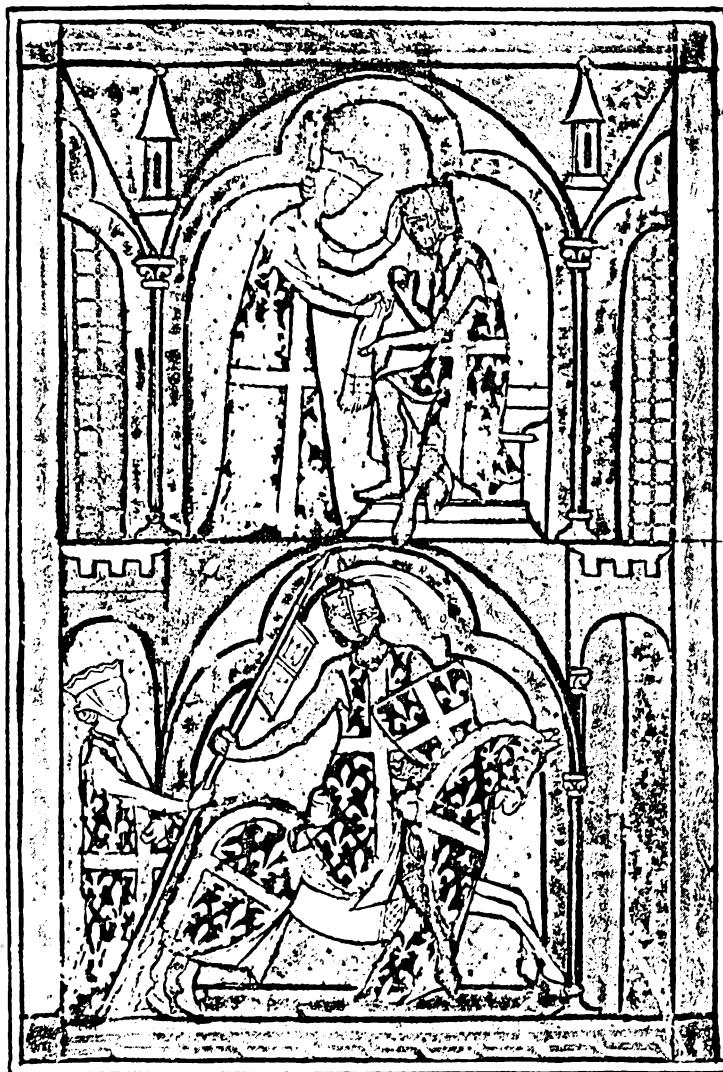
No obstante, las velocidades y los contenidos del tiempo se percibirán de manera diferente en la actualidad del amor o del desamor y en el futuro, cuando de manera retrospectiva se evoca aquella vida que se vivió signada por el amor o por el no-amor. Cuando amamos, el encuentro con el amado se desenvuelve en un tiempo veloz, que parece que tuviera alas, que en todo caso es raudo, pero en este tiempo que pasa tan rápido acontecen infinidad de cosas (ideas, palabras, hechos, emociones: un verdadero caudal), aunque siempre quedará la sensación de que no fueron suficientes, que pudieron y debieron ser más. Por el contrario, cuando un encuentro no está sostenido por el amor, sino –pongamos un ejemplo extremo para poder visualizar mejor el contraste– por un desafecto vivido como franco desagrado –es decir, todo lo opuesto al amor que es lo que más nos agrada–, entonces el tiempo, la misma unidad, una hora por decir algo, se vive como una lentitud desesperante y una aplastante pesadez, mientras se tiene la certeza de que allí la vida se paralizó. Pero después, cuando, más viejos, traemos a nuestra memoria esas experiencias pretéritas, entonces reconocemos algo maravilloso: el tiempo del desagrado lo percibimos como un tiempo en el que nada cargó a nuestro ser y, por tanto, como un tiempo que por ser tiempo de lo mismo se registra como insignificante y sin duración; en cambio aquel tiempo del amor queda en nuestra memoria, habida cuenta de todo lo que le pasó a nuestro ser, como un tiempo significativo y extenso. El encuentro rutinizado produce la sensación de lo largo y vacío, pero después será el tiempo anulado y sin huella en nuestro ser, mientras que el encuentro amoroso, cuando se da, deja la impresión de lo veloz y plenificador, pero más tarde, por todas las cargas que dejó, será el tiempo que se alargará ocupando vastas regiones de nuestro pasado y será –por significativo– el tiempo que nos dejará la certeza de que hemos sido y

que eso que fue y que fuimos sigue presente en lo que somos.

4. Bajo el imperio del amor el ser humano vivencia el tiempo según una triple paradoja: el infinito se hace un instante, el instante se hace infinito y el infinito se hace insuficiente. En efecto, si bien el encuentro con el ser amado suscita el sentimiento de una plenitud en expansión, siempre se percibe que ello se da en un tiempo cuyo paso es tan veloz que no se puede reconocer sino como instantáneo; es decir, la compañía del ser amado le produce al amante la sensación de que lo logra "todo", pero que dura "nada". Por la misma razón, el amante, consciente o intuitivamente, sabe que un momento, uno tan solo, con aquel ser que ama, presentificará para él un sentimiento oceánico, que en un minuto gana el universo de sus más caros y hondos anhelos. Pero esa conjugación de plenitud en expansión y de instantaneidad hace que el "todo" vivido no se pueda desprender de dos renovadas insatisfacciones: algo más por vivir con el amado queda siempre faltando y el tiempo con él pasa demasiado rápido, dejando por delante otra eternidad: la del tiempo cuesta arriba que hay que vivir sin la dicha que el amado, al retirarse, se lleva consigo.

5. Amar a alguien es reconocerlo en un presente que habría que llamar presente "fuerte", para distinguirlo de ese presente "débil" que se vive como aquello que simplemente no es pasado y aun no es futuro. Es decir, presente débil porque es un tiempo que hace presencia como simple bisagra entre dos tiempos ausentes y que se vive como un instante que se desvanece en el acto mismo de presentarse, para ir a hundirse, como lo que se consumió de manera inane, al pozo de un pasado que simplemente ya no es vida. Por el contrario, el amor apasionado por una persona –aunque esta afirmación se puede extender a todo objeto de una pasión amorosa– conduce a aprehender su presencia en un presente fuerte porque el ahora de su existencia abre de inmediato el interés del amante hacia el pasado que lo constituyó, al igual que hacia el futuro que, en tanto ideales y proyecto del amado, contribuye a determinar lo que en la actualidad él es.

El amor recoge al amado en lo que fue y en lo que será, porque ese pasado y ese futuro intervienen ya en lo que él es, de tal manera que para el amante lo que el amado fue y lo que aspira a ser en lo por venir, son tiempos vivos y actuantes, fuerzas modeladoras de aquel a quien ama y a quien quiere entender y comprender para amarlo mejor. Ese es el presente fuerte –esto es, presente car-



El Roman de la Poire. s. xii, B. N., París.

gado de pasado e investido de futuro– en el que se inscribe el amado a los ojos y a la sensibilidad del amante.

6. El sentimiento amoroso es una poderosa forma de sometimiento del tiempo a lo subjetivo o, para decirlo de otra manera, el amor subjetiviza el tiempo, lo saca del orden real en el que podría ser el mismo para todos y lo vuelve una experiencia singular y propia del enamorado. Antes que nada, el amor marca en el amante un punto de quiebre en la vida que queda dividida entre el "antes" y el "después" de la llegada del sentimiento, que así establece en la vivencia del poseído dos existencias suyas con contenidos y valoraciones completamente diferentes. Para el individuo las cartas están echadas de manera irreversible desde el momento en que se instala en él el amor, pues de allí en adelante –y durante el lapso que permanezca enamorado– su vida entrará en un tiempo diferente, sea la dicha o la desdicha la que lo acompañe. Incluso, cuando en el futuro rehaga en la memoria la experiencia

amorosa

amorosa vivida, la delimitará de manera precisa como una época especial y diferente que cuando marcó su inicio ya no hizo posible volver al antes y, si de salir se trató, sólo se pudo salir yendo hacia delante, cruzando por sus inquietantes dominios. Instalado el amor no hay retorno posible al "antes" de la vida, razón por la cual –para el hombre o para la mujer– enamorarse significa un morir en lo que se fue y una forma de renacimiento que dispone a ser otro y a hacer otra existencia.

Por su parte, respecto al amado, al amante se le impone una valoración y una significación que no cubre a aquel sólo en el presente sino que le vuelve igualmente importantes su pasado y su futuro. El amor encuentra entrañable al amado en la historia que lo surcó y en el porvenir que lo aguarda, en los recuerdos que lo habitan y en los ideales que lo impulsan. Se ama al amado no en el mero ahora de su presencia sino en el "todo" del tiempo de su existencia, en lo que fue y en lo que será; se le ama en lo que es pero también en lo que ya no es y en lo que aún no es, pero que igualmente son determinantes para que sea el que cautiva en el presente. Pero también, por su parte, el amante pone en su amor "todo" su tiempo, pues los amores nuevos se aman con las fantasías, logros y cicatrices que vienen del pasado, de los amores superados. El amante toma de allí y lo pone, lo reactualiza en el nuevo objeto que así se ve afectado, para bien o para mal, por los amores de su pasado. De la misma manera el amante llega a su amado con la carga de sus ideales, de aquello hacia lo que se dirige y que ofrece un norte a su ser, ideales depurados y potenciados precisamente por el sentimiento que lo embarga. El amor, pues, hace amar "todo" el tiempo del amado y lo hace con "todo" el tiempo del amante.

Los riesgos de fracaso en el amor o de rivalidad con terceros disponen a aquel que ama a una particular –y en todo caso intensa– experiencia del tiempo que escapa por completo a las formas normales de vivir el mismo. Así, por ejemplo, si hay rivales tuyos en el horizonte, el presente de su amado es un tiempo que el amante disputa a muerte con aquellos, pues ahí, en la realización de ese tiempo, cree constatar la jerarquía de deseo y preferencia que prima en aquel a quien tanto ama. Por eso, ese presente que puede serle usurpado por sus rivales lo vive el amante como una verdadera prueba de fuego en la que está en juego el reconocimiento que necesita de parte del amado. Pero esa sombra del amor que son los celos puede también cargar el pasado de dolor,

como sucede, por ejemplo, cuando el amante tardíamente comprueba que un tiempo que vivió con su amado éste lo compartió de igual manera con un rival suyo, comprobación que transmuta el pasado de calmo recuerdo de una dicha vivida, en fuente de un dolor que viniendo de allá embarga de impotente desesperación y lacerante angustia el presente. En general, se puede decir, el tiempo del amado se convierte para el amante celoso en objeto de escrupulosa y persistente indagación. Ahora, de la misma manera que por la rivalidad con terceros el amor marca la vivencia del presente o la del pasado, el futuro puede ser vivido por anticipado con angustia cuando la posibilidad del fracaso señala un tiempo por venir en el que el amado no estará y que habrá que recorrer sin él que tan esencial es para el amante.

Un deseo, entre otros, atraviesa al amor: el de renovar el tiempo del encuentro. Amar es querer perpetuar ese encuentro y por eso el amor siempre reclama más tiempo para la dicha de estar con el amado y lamenta que jamás haya el suficiente. Amar es no tener el tiempo anhelado para tanto amor. El tiempo que reclama el amor está siempre más allá del que la vida real puede permitir. Pero ese deseo de perpetuación que se vive en el instante amoroso suele verse frustrado cuando en la vida concreta y cotidiana lo que se va dando es un desgaste de la pasión hasta el punto en que ésta, las más de las veces, finalmente termina por desaparecer. Sin embargo, no es el tiempo físico el que se encarga de poner fin a la pasión amorosa, sino que el agotarse de ésta es fruto de una lógica del encuentro que no forja un obrar –esto es, un desplegar en el tiempo– significativamente renovador y que no es capaz de dialectizar la presencia del amado con la ausencia, valga decir, darle tiempo al desencuentro.

La separación relativa en él tiempo es la oportunidad para reunir algo propio que traer al encuentro, lo que quiere decir que, propiciado un tiempo para la distancia, se intensifica la dicha que depara el tiempo de la aproximación amorosa. Saber hacer del tiempo también el tiempo de la separación relativa entre los amantes, es decir, no tenerse a cualquier hora o en la rutinización del tiempo como lo siempre previsto y automáticamente regulado, es acentuar el monto de dicha y significación que deparará el encuentro. Y tanto más se hace necesario saber sostener un tiempo para la distancia, cuanto que el amante, dado que percibe al amado como una obra maestra, quisiera rendir todo su tiempo a éste, resignando así un destino propio y, por ende, perdiendo su

condición de singular alteridad, condición ésta para ganar el deseo de aquel a quien ama. Pero incluso si el amor fracasa, la marca del sentimiento en el tiempo del amante ya es irreversible, pues aquel ser que se amó y que después cayó al olvido sigue presente como huella indeleble en el ser del amante, puesto que contribuyó en su momento a modelarlo.

Ahora, si amar y ser amado es una de las escasas formas que la felicidad adopta para el ser humano, hay que decir, sin embargo, que sólo se puede ser feliz en el presente. Toda felicidad pasada está ya ausente, no se siente; si mucho vendrá como recuerdo nostálgico de algo ya ido, imposible de revivir emocionalmente ahora. Toda felicidad futura es sólo anhelo y habita una imaginación que no logra hacerse una vivencia actual. Pero, a la inversa, el yo enamorado, máxime si es correspondido, no logra concebir un tiempo por venir en el que sea un yo no enamorado. Incluso le cuesta entender y aceptar que en el pasado no estuvo embargado por ese amor que le da horas únicas y llenas de encanto y que vive desde un presente que quisiera eternizar. No obstante, una oscura amenaza acecha al amante en su dicha: que otro venga a ser la felicidad de aquel a quien él ama. La mera sospecha de que otro es la fuente de una alegría esencial para su amado desata en el amante esa forma de instantánea eternidad en el sufrimiento que es la angustia, y pone en marcha para él esa forma de suplicio que son las horas inaccesibles de placeres desconocidos a las que se entrega su amado y que no le dejan más escapatoria que una espera desesperada, la cual se hace más angustiosa en ese tiempo emblemático de la soledad humana que es la noche, horas en las que el mundo se recoge y en las que aquel, que por angustia ha sido retirado del sueño, siente el tacto del tiempo como el requejeteo de la muerte en su carne abandonada. El amor es una forma de ser feliz en el tiempo mediante el expediente de lograr el encuentro con alguien que para uno es la encarnación de lo bello. De ahí el urgido anhelo de estar con el amado, el apremio de consumar ese encuentro que deparará la felicidad. El amado, verdadero agente de la dicha, es un valorizador del tiempo que, de un lado, se hace lento hasta la agonía en la espera y, de otro, se vuelve veloz como el relámpago en el encuentro. Si en la espera del amante el tiempo no avanza y se hunde en el vacío, en el encuentro se hace raudo y pleno de significación. Eso hace el amor: el tiempo con el amado "no se siente". Sin él es una eternidad torturante. O más simple: el amado tiene el poder de convertir el tiem-

po, para el amante, en la felicidad o en la no-felicidad, en función de su proximidad o de su lejanía. Por eso mismo, para quien ama, todos los tiempos no vividos con el amado (en el día, en la noche, en el pasado suyo) son tiempos de penumbra, incertidumbre, inquietud, tiempos por donde fluye o ha fluido la vida de aquel a quien se ama sin requerir para nada del amante; tiempos que le demuestran a quien ama que siempre está en riesgo de ser declarado prescindible. Pero cuando, en la vigencia del amor, el amante logra superar las lagunas de los tiempos no-suyos de la vida del amado, entonces le aguarda la felicidad siempre nueva del tiempo –efímero e insuficiente, pero real y tangible– del encuentro consumado.

El amor es un profundo anhelo de eternidad, y amar es inscribirse en el deseo del eterno retorno. Quien ama siente que la dicha del encuentro con su amado es la dicha (además que es la última forma, y la más lograda) de ser feliz. Quien ama quiere que en esto la vida sea para siempre lo mismo y le es imposible –e indeseable– tan siquiera imaginarse otros amores futuros. Quien ama no puede considerar la hipótesis de que un día no amará como hoy, y cree y espera fervientemente que su amor será siempre el mismo; incluso considera inexplicable y vacío ese tiempo anterior que vivió sin conocer al amado. Este tiempo feliz que consiste en tener consigo al ser amado desata el anhelo de querer tenerlo "a toda hora", anhelo por fortuna retenido –si es que se quiere salvar el amor– por el temor a cansar con la presencia propia o a desgastarse en el deseo del otro por la obviedad en que caería el ser del amante. Pero si se sabe renunciar al "a toda hora" de los hechos, al que ama le queda otro recurso para consumar "a toda hora" el encuentro con el amado sin peligro de suscitar cansancio en éste: su pensamiento. En efecto, a través del pensamiento el amado embarga el tiempo de la vida del amante y para éste no habrá ya límite para reunirse con su amado: convocado a su pensamiento y recreado en él, el amado podrá ser suyo en el "a toda hora" del entendimiento y de la ensueñación. Habitante perpetuo del pensamiento del amante, el amado revelará allí que su naturaleza es por excelencia imaginaria, sí, pero con efectos tan reales que con él el tiempo de esta precaria y efímera vida simplemente se logra vivir mejor π

ARQUERO

Yo disparo mi flecha.
Soy certero.
Allende la distancia me he clavado.
Yo soy la presa, el dardo, el arco y el arquero.

Fernando Urbina Rangel
Bogotá, junio de 1985